Julio Mariscal, treinta años después

Pedro Sevilla

Dice Paul Preston que para que una vida merezca la pena escribirse debe tener un misterio central, y el misterio central en la vida del poeta Julio Mariscal Montes -Arcos de la Frontera (Cádiz) 1922-1977- es su obstinación en la infelicidad. Las vocaciones, esos proyectos que uno hace de sí mismo, que diseña con su propio cuerpo y con su propia alma, no tienen necesariamente que ser ejecutadas en nuestro beneficio. No siempre proyectamos y laboramos a nuestro favor sino que, en ocasiones, lo hacemos manifiestamente en contra, contra nuestros más legítimos y genuinos intereses. Dostoiewski, otro escritor que se autolesionaba, otro cristiano torturado, escribe que "quien ama no necesita ser feliz", y así construye personajes que se conducen solos a su perdición, a su depravación.

No es que Julio Mariscal naciera con la idea fija de no ser feliz, de no cumplirse como ser humano. Es más, tal como dije en mi libro *Diez de Julio*, editado por el Ayuntamiento de Arcos de la Frontera en 1990, hubo un Julio Mariscal rotundo, vigoroso, ilusionado. Lo que ocurre es que muy pronto se dejó vencer por sí mismo, se hundió en los lodazales de la culpa y trabajó denodadamente en contra de su felicidad. Estamos hablando de un misterio, del misterio de un hombre, un poeta, que se niega, que se autodestruye mortificado por la culpabilidad, y quizás convenga recalcarlo porque, como en casi todo lo que respecta a Julio Mariscal, en este punto se han esgrimido y debatido dos opiniones: la de los que piensan que el poeta fue masacrado por la sociedad, acribillado con desprecios y soeces palabras, y los que pensamos que, aun siendo eso cierto, Julio Mariscal fue el principal enemigo de Julio Mariscal, es decir, que nadie le despreciaba tanto como él se despreciaba a sí mismo, que nadie aborrecía su homosexualidad tanto como él mismo, aterrorizado por no poder presentarse ante Dios, compendio de la pureza, con la debida dignidad. Está claro, pensemos en la época, España, Andalucía, Arcos de la Frontera, posguerra, dictadura, miseria moral y de la otra, que no le faltó el reproche social, ni le faltó el celo profesional de un Juez de Instrucción que le aplicó la Ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social, con detención incluida. Ser homosexual en la España de los cincuenta, en un pueblo como Arcos, pueblo de visillos entreabiertos, de gritos estrangulados, de cerrazón y miedo, no podía resultar cómodo y Julio padeció la incomprensión, la maledicencia y hasta las coplas hirientes, pero todo podía haber sido solventado si su actitud para consigo mismo hubiese sido otra, no la intransigente y mortificante que adoptó en el contexto de su militancia católica y de su concepción de Dios como pureza,

como ortodoxia suprema en todos los órdenes. Se ha dicho y escrito que la solución hubiese sido irse del pueblo, buscar horizontes masificados, encubridores, pero resulta que Dios está en todas partes, y por otro lado tenemos la extraña y no menos misteriosa relación de Julio Mariscal con Arcos de la Frontera, su pueblo, una simbiosis patente en toda su poesía. Una relación simbiótica, de entrega mutua, que surge muy pronto, pues ya en 1945, en cartas que escribe a José Manuel Caballero Bonald y que luego reseñaré, le indica refiriéndose al ambiente de Arcos que "lo que pasa es que yo estoy dentro de él, que soy el ambiente mismo". Con veintitrés años de edad ya tenía claro que formaba parte indisoluble de ese núcleo asfixiante, mortificante, pero también núcleo moral, nutricio, cuajado de dolor y procesiones de Semana Santa, de cante flamenco y de novenas, de injusticia y autenticidad. Julio Mariscal no podía irse de Arcos porque la tierra le agarraba los pies, le exigía entrega a tantos años vista, y le daba a cambio una dolorosa estabilidad, un soporte trágicamente mágico. Fuera de Arcos habría sido el mismo ser mortificado, pero además con los pies en la nada, con los ojos en el vacío, con la poesía apagada porque la poesía de Julio Mariscal Montes es el pueblo en estado puro. Más, mucho más que en los manuales de Historia, más que en la novelística toda, en sus libros aparece el pueblo tal como fue, la atmósfera moral agobiante, los feraces cortijos sembrados de injusticia, las mujeres sometidas, enlutadas desde la infancia, las prostitutas sometidas y acosadas por el hambre, los hombres violentos y tristes. Así era Andalucía, así era Arcos, y así aparece en todos y cada uno de los libros de Julio Mariscal, como un trasfondo y un decorado trágico e incuestionable. Julio se quedó en Arcos, con su flamenco y sus procesiones de Semana Santa y, como digo, luchando denodadamente en su contra, ejerciendo un dandismo destructivo –ser un dandi no es sólo comprarse camisas elegantes, es inventarse un yo, fabricarse un yo, construirse o destruirse un yo- que le llevó a una muerte prematura, convertido en un anciano de cincuenta y cinco años.

Poeta del 50

Poeta de la amplia y abundosa generación del 50, Julio Mariscal no ha gozado, a pesar de su inclusión en diversas antologías, de toda la difusión que su poesía merece, especialmente su poesía amorosa. Motivos literarios,

pero también extraliterarios, han impedido su conocimiento generalizado. Su enclaustramiento en el sur, muy lejos de los nortes donde se cocían críticas y antologías, donde se conformaban grupos, limitó el conocimiento de su obra. Por otra parte su poesía, cuajada de referencias al pueblo, a su pueblo, surcada a veces por términos coloquiales localistas, ha podido resultar extraña y difícil a lectores no familiarizados con el ámbito rural, con la Andalucía rural. Es verdad que todo lo salva Julio Mariscal con sentimientos que son universales y con una autenticidad que preserva sus versos de los ataques del tiempo, pero en otros ámbitos, repito que imposibles dada la personalidad del poeta y su apego telúrico, quizás la repercusión de su obra habría sido mayor. Desde antes y después de su muerte se ha venido tratando de paliar estos inconvenientes por distintos críticos, estudiosos, poetas o instituciones. Se le ha incluido en antologías, aunque se le ha omitido en otras por motivos no siempre comprensibles, por ejemplo que no se enfrentara a la dictadura que imperó en España durante prácticamente toda su vida. Universidades, Diputaciones y Ayuntamientos andaluces han editado estudios sobre su obra y publicado las obras completas, y poetas de su generación y de las sucesivas se empeñan constantemente en difundirlo entre los poetas jóvenes. Todo para preservar y extender una de las obras poéticas más misteriosas y algunos de los mejores poemas de amor de la segunda mitad del siglo XX español.

Poética

En el verano de 1958 Francisco Basallote es un adolescente que lee *Quinta palabra*, el libro de sonetos de Julio Mariscal que publicó la colección "Alcaraván" de Poesía, al cuidado de Antonio y Carlos Murciano y con prólogo de José María Pemán, y decide escribir al autor para hacerle saber su entusiasmo y admiración. Julio Mariscal contesta la carta, primera de una relación epistolar abundante, y al contrario que en las conversaciones privadas o actos públicos, donde suele ser algo esquivo, e incluso displicente, siempre lacónico, emite por escrito toda una poética, amplia y explicativa, que copio íntegra: "Escribe Vd. dos adjetivos: sencillo y claro. Si hubiese Vd. agregado la palabra emoción, hubiera Vd. definido mi concepto de Poesía: claridad, sencillez, emoción. Escribe ese gran poeta que es –que fue- Pedro Salinas, que la poesía es siempre obra de claridad, de esclarecimien-

to, aunque necesite los arrebozos de lo oscuro. En lengua española resplandecen, sobre todo, esos pocos poemas en donde se encuentra lo clarísimo a través de las tinieblas. Juan Ramón ha acertado en el concepto justo de sencillez: sencillo es lo conseguido con los menos elementos; es decir, lo neto, lo apuntado, lo justo. Falta la emoción: Pobre del poeta que enmascara su verdad, su mundo interior, su pan y su sal por el tópico, el certamen, el tararí tarará. La verdadera poesía no consigue serlo hasta que deja de ser de uno para ser del lector". Ya en la primavera de 1959, un Julio Mariscal entregado, según sus palabras, a las faenas y ajetreos de su Hermandad de La Soledad, que procesiona el Viernes Santo por las calles viejas de Arcos, "porque quiero que sepas que soy un capillita", contesta una nueva carta a Basallote y nos deja otros párrafos esclarecedores, esta vez de sus preferencias poéticas: "Alberti, con Juan Ramón, Antonio Machado y Federico forman el cuadrado mágico de la mejor poesía andaluza, que ya ha roto fronteras y es poesía universal. Es cierto que soy un apasionado de Lorca, por eso no te digo nada de él..." De su fijación por estos poetas, y hasta que consigue su voz propia, queda testimonio en algunos libros inéditos que luego reseñaré pero que me apresuro a decir que están bien donde están, guardados en un cajón cerrado con llave. Cuando su voz ya era rotunda y personal, siguió profesando veneración por ese cuarteto poético, y en uno de sus inéditos, escrito ya en plena madurez, aparece una breve y encendida proclama: "La encina junto al oscuro / matorral desamparado: /¡Si mi verso fuera el verso /de Don Antonio Machado.". Después de haber publicado cuatro o cinco libros, de haber llegado a la cima de la emoción amorosa en su libro *Tierra*, Julio Mariscal seguía anhelando el verso claro y florecido de Don Antonio Machado.

Gracias a estas y otras cartas hemos logrado alzar una poética fidedigna e incontrovertible, puesto que proviene de su puño y letra y alentada por el entrañable medio epistolar, que favorece la sinceridad y confesionalidad. Julio Mariscal escribió y recibió muchas cartas, y siempre, a lo que parece, derrochó sinceridad y se expresó con holgura, al contrario que en sus comparecencias públicas donde, repito, solía ser algo arisco. Las cartas que recibió a lo largo de su vida se han perdido todas, o han sido apagadas por el amarillo del tiempo. Sólo queda una colección de postales fechadas en 1959 con textos de escritores, poetas y amigos de toda España.

Libros publicados

Aparte de las publicaciones en distintas revistas de mediados de siglo, en alguna de las cuales figuró como miembro fundador, señal inequívoca de la febril e ilusionada actividad de sus primeros años, culminada con la creación en Arcos, junto con los hermanos Antonio y Carlos Murciano, Antonio Luis Baena, Cristóbal Romero y Juan de Dios Ruiz Copete de la revista "Alcaraván", aparte de los poemas dispersos en revistas, decía, la obra de Julio Mariscal consta de diez libros, uno de ellos, *Aún es hoy*, publicado en 1980, tres años después de su muerte.

Y hablando de la muerte, es ella, y el olvido, su más fiel acólito, el tema y la obsesión de su primer libro, *Corral de muertos*, publicado en 1954 en la colección "Neblí" con una segunda edición ampliada en la colección "Álamo", en 1972. La muerte vive en la calle donde juegan los niños, donde el niño Julio Mariscal tramita la eternidad de su infancia, bruscamente finiquitada por dos acontecimientos, uno privado y otro general: el fallecimiento de su padre y el estallido de la Guerra Civil. El pueblo que ven los ojos del niño es un cementerio de muertos que caminan, que van vestidos de luto por sí mis-

mos. Así, no es raro que el primer libro de Julio Mariscal sea *Corral de muertos*, un libro donde la muerte es de carne y hueso, donde se llora rebeldemente la obstinación de los muertos. El niño empieza a crecer entre los muertos, entre una sociedad muerta que pasa las horas muertas, los días muertos, los años muertos, entre funerales y quinarios. El poeta Manuel Mantero, amigo de Julio Mariscal y gran conocedor de su obra, coincide con José Mateos, poeta y autor de un ensayo inédito sobre *Corral de muertos*, al indicar que muy bien Julio pudo haber leído *Spoon River*, un libro de Edgar Lee Master donde los muertos hablan entre sí, y que esa lectura pudo inspirar su *Corral de muertos*. José Mateos indica también la posible lectura de un relato de Dostoiewski sobre muertos que hablan, que justifican las miserias de sus vidas pasadas. Por supuesto que esas influencias son posibles, pero aun sin esas lecturas pudo nacer *Corral de muertos* de la visión directa y descarnada de la muerte, de su negro poderío en aquellos míseros años. El poderío de la muerte y el poderío del olvido, que es una muerte mucho más rotunda, una segunda y definitiva muerte que anula lo vivido, que lo niega, que lo desautoriza. Si a un muerto no lo recuerda nadie significa que nunca ha vivido, que nunca ha sido nada. Julio Mariscal pasea su juventud entre las tumbas –escribe *Corral de muertos* con menos de treinta años- y reconforta a los muertos, les lleva consignas, noticias y, sobre todo, memoria. El mejor alimento de los muertos, mucho más que las flores, es la memoria, y así lo entiende Julio Mariscal, que cuanto más ama, cuanto más siente la sangre, más se acuerda de los muertos, de su desolación y abandono. Eso es *Corral de muertos*, un libro que se abre con una cita unamuniana –Unamuno, otro obseso de la pervivencia, de la memoria- y el portentoso soneto "Ciprés", que ahora está escrito en cerámica en el cementerio del pueblo, en virtud de un ruego que en su día hizo Juan de Dios Ruiz Copete, uno de los críticos que con más ahínco han reivindicado la calidad poética de Julio Mariscal.

Pasan hombres oscuros es el segundo libro de Mariscal y aparece en 1955 en la colección "Adonais". Estamos ante un poeta eminentemente amoroso, que acierta siempre cuando escribe de amor, y en este libro nos encontramos un amor idealizado, un amor, en contraposición a los poemas de *Tierra* que vendrán después, sin alacranes ni pezuñas. ¿Un amor inventado porque como dice Machado, su maestro, también la verdad se inventa? Julio Mariscal era un dandi, un inventor de sí mismo, y quizás en estos versos se esfuerza por sentir lo que en realidad le gustaría sentir realmente. No hay falsedad ninguna, sino adiestramiento, mandamiento sobre uno

mismo, dandismo. Julio se inventa el gozo de un amor ideal, que no quiere consumar para no convertirlo en estiércol, en el estiércol de otro amor que él conoce y acabará dominándolo. Se inventa, goza del amor limpio, y hasta se impregna del afán de justicia que engendra en nosotros todo amor. Es curioso, si nos fijamos, el título del libro, más propio de un poemario social que de uno amoroso, precisamente porque Julio Mariscal percibe que el amor nos abre los ojos y nos enseña el mundo tal como debería ser, y el contraste con la realidad nos mueve a arreglarlo. Ese mismo proceso moral fue el que llevó a Alonso Quijano, otro inventor de pasiones, a desempolvar su armamento y salir a los caminos, para arreglar el mundo. Julio Mariscal quiere redimir a los hombres oscuros, a los que pasan con su miseria a cuestas, y les habla de estrellas porque el amor obliga, el amor no es un sentimiento pasivo sino una constante difusión, de afecto o de justicia.

Y si el amor, su verdad, se inventa, también se inventa su ausencia, también se hace verdad el dolor de la ausencia que nos hace buenos, que nos va ahormando bellamente. No estoy diciendo que Julio Mariscal fuese un impostor. Estoy hablando de sentimientos verdaderos pero inducidos, forzados por la autodisciplina –se sentía obligado a un matrimonio con hijos, sus ocho horas de oficina y el cocido y el cine de los jueves, como todos- y la presión social y familiar –quedarse soltero ya era mal síntoma-, y claro que hay mujeres de carne y hueso, pero sobre todo mujeres soñadas, mujeres confeccionadas en sueños. En ese amor, grato a Dios y a la sociedad, estaba el destino de Julio Mariscal Montes, lo que ocurre es que él, aunque lo deseara, aunque sintiera que debía desearlo, no se encontraba en ese destino, se sabía abocado a otros amores que eran portazos para padres, hermanos y familia, que eran un baldón y una ofensa terrible a Dios. *Poemas de ausencia,* que es el tercer libro de Julio Mariscal y se publica en 1957 en la madrileña colección "Lazarillo", es la historia de esa ausencia, de esa evocación muy quijotesca también, puesto que se llora algo no consumado, algo idealizado pero irrealizado. Recurriendo una vez más a la sinceridad incuestionable de las cartas, anoto un párrafo de la que envió a Basallote, en relación a este libro: "*Poemas de ausencia* es, para mí, mi mejor libro. Quizás por esa tristeza que Vd. me señala y que, posiblemente, alguna vez se hará luna y jazmín como me pronosticaba un buen amigo, para el Pentecostés de la alegría". O sea, que la tristeza de la ausencia, todo ese arsenal de evocaciones y nostalgias, no eran materia muerta sino que estaban cuajados de esperanza, de redención. La cristiana redención por el dolor.

En 1958, en la arcense colección "Alcaraván", aparece *Quinta palabra*, prologado por José María Pemán, un libro de temática religiosa escrito en sonetos. Ni la temática ni el formato eran nada cómodos, porque los poetas de la época ya habían agotado cierta manera de enfrentarse al fenómeno religioso, y porque el soneto, y ello se deja notar en alguno de los poemas, somete a un encorsetamiento y una rigidez de los que no siempre se puede salir airoso. Con todo, ya lo dije en *Diez de Julio*, hace casi veinte años, este libro no es una ruptura ni mucho menos un divertimento, sino un ahondamiento en la idea de Dios, que es, con el amor y la muerte, esencia de la poesía de Julio Mariscal. Cuando Dios se hace hombre y entra en el tiempo, muchos hombres dejan de temer a Dios y empiezan a amar a Dios. Sin la humanización, posiblemente Dios se habría esfumado entre los siglos y eso lo ve Julio Mariscal, que además de la idea que no abandonará nunca de un Dios Padre inflexible, moralmente intransigente, tiene el bálsamo de Jesucristo, Dios también pero Dios hombre, de los que tiemblan y se asoman con miedo al misterio de la muerte. Los sonetos de *Quinta palabra* nos enseñan el carné de identidad de Jesucristo, sus huellas dactilares, su vecindad y empleo, y nos enseñan también su alta redención, su excelso y justiciero cometido. Por eso

cuando Julio, años después, cumpla con la poesía social y publique *Tierra de secanos*, enarbolará a Jesucristo para exigir justicia para el campo andaluz, dignidad para los desheredados. Lo que otros exigen en nombre del socialismo o de otras doctrinas políticas, lo procurará él mediante Jesucristo, una originalidad muy honorable que no obstante no ha impedido que su poesía social, como la mayoría de su género, sea hoy casi prescindible.

La jerezana colección "La Venencia", que dirige el poeta y flamencólogo

Manuel Ríos Ruiz, publica en 1962 *Tierra de secanos*, el tributo de Julio Mariscal Montes a la poesía social de la época. Es, de sus libros, el que peor ha soportado los estragos del tiempo. La poesía social, en general, ha envejecido mal y la de Mariscal no es una excepción. No digamos que sea un libro malogrado, pero muy poco aporta a su voz ya madura y a su poesía rotunda, cuajada de verdades. Ni siquiera, como decía antes, la originalidad del cristianismo militante como argumento justiciero, de Jesucristo como referente de la justicia, consigue elevar un libro muy forzado por la moda. Esta sintonía con la moda demuestra una vez más que Julio Mariscal no era ni mucho menos un autista. Estaba encerrado en su pueblo, sí, pero con las ventanas abiertas, con las palomas mensajeras de sus cartas dispuestas siempre para volar a otros cielos, a otros libros. El tedio, la tristeza ancestral, el tiempo demorándose, transcurriendo a cámara lenta, que es como transcurre en los pueblos, surcan estos poemas donde no todo es rebeldía. También hay asunción de lo inevitable, de lo que nos sobrecoge. Julio Mariscal gestionó años después la reedición de este libro. Era un libro que le gustaba y que entendía no había tenido en su momento la repercusión adecuada.

En el otoño de 2006 el Ministerio de Cultura y el Ayuntamiento de Arcos de la Frontera celebraron unas jornadas sobre Julio Mariscal en su ciudad natal, jornadas coordinadas por el también poeta arcense Antonio Hernández. Intervinieron los poetas Pablo García Baena, Manuel Ríos Ruiz y Manuel Mantero. Este último glosó el libro *Tierra*, publicado en 1965 por la granadina "Veleta al Sur", e hizo una revelación que ya algún estudioso había dejado apuntada pero que nunca había sido relatada en público por su protagonista: Cuando Julio se dispuso a publicar *Tierra*, su libro de amor más auténtico, más fieramente suyo, los poemas de la consumación del amor homosexual, de su destino de tierra para la bota y el salivazo de los otros –y sobre todo de él mismo, no lo olvidemos-, pide a Mantero un prólogo y le indica que vea en esos poemas el amor a la mujer prohibida, en contraposición con los poemas de *Pasan hombres oscuros* donde estaba la novia amante, la mujer ideal, asequible, el amor socialmente previsto. Mantero da largas a Julio porque, como él explicó en su conferencia, si hablaba de mujeres en *Tierra* no haría otra cosa que cometer una falsedad literaria, y si decía la verdad exponía a su amigo a la ira social e incluso, quién sabe, a un nuevo proceso judicial. *Tierra* es el libro más auténtico de un poeta auténtico, y es la entrega angustiosa, deseada y temida al mismo tiempo, a un amor que significa reproche social, autodesprecio y ofensa a Dios Padre. Julio Mariscal jamás aceptó su homosexualidad pero tenía que

cantarla, llorar sobre los versos su desesperación y aborrecimiento íntimos. Si el amor de *Pasan hombres oscuros, Poemas de ausencia* o *Poemas a Soledad* era un amor limpio, una pasión sublimada hecha verdad, estos poemas de *Tierra* son una verdad rotunda, tremendamente rotunda. Aquí no hay evocaciones o proyectos, sino madrugadas de alacranes, de toros embistiendo, de avispas y toda una simbología que convierte el deseo en un aluvión mortal que anega y encenaga. No hay gozo en la entrega amatoria, impedido siempre por la moral, por el ojo omnipresente de Dios. El amor para Julio Mariscal no es deseo de engendrar en la hermosura, sino de cumplirse en el barro, de expiar su culpa. Hoy puede parecer conmovedora la propuesta que Mariscal hizo a Mantero, pero hay que colocarse en la época y sobre todo en la personalidad de Julio, siempre en contradicción consigo mismo: por un lado era un ser tímido, celoso de su intimidad, pero por otro tenía necesidad de escribir su dolor, de contarlo por escrito porque sólo encontraba dignidad en la poesía. Por eso le pidió a Mantero que nos engañara.

Último día, libro de 1971, aborda nuevamente el misterio de la muerte, la pregunta de las preguntas. Se publicó en Málaga, por la librería "El Guadalhorce", con un prólogo atinado y entrañable del poeta arcense Carlos Murciano. Serena comparecencia ante Dios, serena comparecencia de los muertos ante Dios, *Último día* no despliega ya la rebeldía de *Corral de muertos,* esos muertos aún calientes que se rebelan y a los que el poeta pretende devolver a la vida, o al menos preservarlos del olvido. Los muertos de *Último día* son tierra otra vez, serena tierra tendida que se justifica en Dios. Sólo Dios, envolviendo a los muertos en sus lienzos eternos, hace que sus vidas tengan sentido, que merezcan la pena. El Juicio Final –el libro iba a llamarse *Juicio Final*- consiste, así, no en un proceso judicial separador de buenos y malos, sino en una asunción y una salvación del pasado.

En los primeros años setenta comienza una intensa amistad entre Julio Mariscal y el poeta jiennense Guillermo Sena Medina, que cuida la colección "La Peñuela" de La Carolina, y en 1975 nace en dicha colección *Poemas a Soledad,* un libro que en su día formó cuerpo con *Pasan hombres oscuros* y con otro libro inédito que sigue manteniendo el elegiaco título de *Poemas a Soledad.* Aquí el primer amor otra vez, la idealización y nostalgia de un amor sin sobresaltos. Ignoro por qué este libro no se publicó en los años cincuenta, a los que cronológicamente pertenece y que conforma, con *Pasan hombres oscuros* y *Poemas de ausencia,* la etapa de amor idealizado y sublimado, frente a los tortuosos poemas de *Tierra,* esa otra forma de amor.

tietze

Trébol de cuatro hojas, su último libro en vida, publicado en 1976 por el grupo "Ángaro", es un retorno a los territorios míticos de la infancia y la adolescencia, a los siglos de pureza, a la evocación de un mundo ya irremisiblemente perdido que es hermoso sólo porque es pasado, es decir, objeto de evocación, de recreación y modulación poética. Julio estuvo escribiendo toda su vida, en los periodos más vitalistas y cuando los autos judiciales o las depresiones lo confinaban en su habitación o en la consulta del psiquiatra –iba a Sevilla al psiquiatra y volvía cargado de elegantes camisas, me cuenta el poeta Cristóbal Romero-. Estuvo escribiendo siempre porque es constante su necesidad de dignificarse en contacto con la belleza, de frecuentar la sagrada forma de los versos. Escribir para él era corregir el pasado, justificarlo con poemas. De ahí que en sus peores periodos de postración dé este libro evocador, tranquilamente triste. El dolor ya no es rebeldía sino un agua buena que nos va moldeando, que nos pulimenta como el agua a las piedras del río. Las caras familiares, la escuela, la casa puntual y espaciosa, todo el tiempo sin tiempo de la infancia, aparecen salvados y ennoblecidos en este *Trébol de cuatro hojas* que se cierra con dos grandes poemas: "El desván", que llora serenamente las cosas perdidas, náufragas del tiempo, y "Final", donde asume, asido a sus pasiones y recuerdos, la tremenda soledad, el total desamparo en que ha vivido siempre.

Tres años después de su muerte, la colección "La Peñuela" publica el libro *Aún es hoy*. Guillermo Sena Medina recibió el original de Aurelio Sánchez Mariscal, sobrino de Julio y depositario de su obra, y lo publicó en su colección, donde ya había publicado *Poemas a Soledad*. *Aún es hoy* está escrito en la primera mitad del año mil novecientos setenta y cuatro, de forma casi compulsiva como puede verse en las fechas; hay tramos de hasta un poema por día. En un periodo de su vida ya de franco derrumbe físico, consciente de que le quedaba muy poco tiempo de vida –por aquellas fechas dedicó a un ciudadano arcense un ejemplar de su *Corral de muertos* con esta dedicatoria: "A X. este Corral de muertos donde estaré muy pronto"-, se empeña en seguir escribiendo para arreglar el pasado, para ennoblecerlo porque tanto dolor y tanta emoción tienen que ser sagrados, tienen que salvarse. Poemas sin la intensidad emocional de otros libros, los de *Aún es hoy* se salvan precisamente por su urgencia, por su fe en sí mismos. Julio podía estar, y de hecho lo estaba, desengañado de todo y de todos –y de él mismo-, pero seguía creyendo en la poesía, que fue durante toda su vida un contacto con lo sagrado, con la pureza, con Dios.

Obra inédita

Gracias a la amabilidad de Aurelio Sánchez Mariscal he tenido acceso a toda la obra inédita de Julio, compuesta de más de diez libros que el propio Sánchez Mariscal ha mecanografiado ordenándolos por fechas, una labor ardua y minuciosa porque los manuscritos estaban sueltos en carpetas, o agavillados bajo un título. Julio Mariscal estuvo escribiendo toda su vida, con la compulsión que antes he referido, pero por fortuna ejercía una feroz autocrítica que le llevaba a no dar a la imprenta más que los poemas que su intuición –faro casi siempre certero- reputaba como imprescindibles. Sí consta que en su día quiso publicar un libro titulado *Hablando con la sangre*, un libro que visto hoy no dice nada a su obra, sino que aporta confusión. De este parecer es también el poeta Antonio Hernández, que lo leyó a instancias de Aurelio Sánchez por si era viable su publicación póstuma. Puede decirse que lo que Julio Mariscal no publicó fue porque no superó su exigencia como poeta, porque no resistió el paso del tiempo o porque estaba dicho ya, y mejor dicho, en otros poemas. Entrar en su obra inédita es cruzar poemas lorquianos desastrosos o mares albertianos, avanzar, ya cuando su voz es propia, por poemas redundantes, repetitivos, y culminar en una obsesión por los sonetos –en 1971 escribió decenas y decenas de sonetos- , en donde casi nunca alcanza la gracia. Si comparamos estos sonetos inéditos con el "Ciprés" de su *Corral de muertos*, tendremos

una idea de la distancia estética a que se encuentran, y de lo bien que están así, inéditos para siempre. Todo lo inédito de Julio Mariscal están bien donde está y por eso, sin ninguna autoridad legal, por supuesto, pero creo que interpretando el sentir unánime de los poetas y estudiosos que han accedido a los inéditos, ruego a los futuros depositarios de su obra que no la toquen ya más, que no den a la imprenta ni un solo verso. Publicar estos inéditos no haría otra cosa que emboscar una obra breve, intensa y cerrada.

Una curiosa modalidad epistolar, catorce cartas a Caballero Bonald y una postal de Arcos

Julio Mariscal mantuvo durante toda su vida una intensa correspondencia epistolar, señal inequívoca de que podía ser y era un hombre enclaustrado en su pueblo, urdido a él y entrañado en él, pero de ninguna manera un ser esquivo o simplemente desentendido. Es más, en el año cincuenta y nueve puso en práctica una curiosa modalidad epistolar: se dedicó a mandar a diferentes poetas, escritores y amigos dispersos por toda la geografía española, unas postales de Arcos con el ruego de que se las devolvieran con algún poema o alguna prosa relativa a Arcos. La amabilidad de Aurelio Sánchez Mariscal ha puesto en mis manos estas postales, como ha puesto la obra inédita, y he podido leer, orilladas por el sepia del tiempo, postales firmadas por Aquilino Duque, Eladio Cabañero, Vicente Aleixandre, Pablo García Baena, Ricardo Molina, Vicente Núñez, Luis Rosales, Claudio Rodríguez, José María Pemán, José Luis Tejada, Gloria Fuertes, Gerardo Diego, Carlos Murciano, Camilo José Cela, Blas de Otero –"¿quién ha uncido la tierra a la injusta belleza de los dioses?", escribe el bilbaíno al dorso de una foto del campo arcense- o Caballero Bonald, entre otros muchos. Por cierto que la postal de Caballero Bonald supone un hallazgo importante por cuando implica que aquella amistad surgida en el año 1945, que motivó una intensa correspondencia epistolar –se conservan catorce cartas de Julio a Caballero Bonald, del primer semestre de 1945- no fue clausurada sino suspendida, posiblemente por las estancias en el extranjero de Caballero Bonald. El texto de la postal es extenso, clarificador, y dice textualmente: "Madrid, 8 de septiembre de 1959. Por esta calle, por otra de idéntica hechura, aprendí a merecerme la anarquía de mi humil-

dad. Recuerdo un paciente peldaño de piedra, una resignación candeal de jaramagos, un lienzo de pared chorreando mansedumbre. Recuerdo con todo pudor estos desvelados hondones de fe que me vinculan a un espacio de vida en el que yo querría empezar a ser libre. Cuando bajaba desde San Pedro a San Agustín, no sé qué noche, y miraba esta calle, no sabía que iba camino de promulgarme una ley popular para uso de mi conciencia. Ahora comprendo que allí precisamente, en aquella patética hoja del tiempo, estaba escribiéndose la humilde libertad de mi oficio de hombre".

La amistad del jerezano y el arcense se inicia en 1945 según se desprende de las cartas enviadas por Julio: en la primera, fechada en Arcos en diez de febrero de 1945, autoriza el tuteo, porque se ve que los dos jóvenes poetas, de diecinueve y veintitrés años respectivamente, se hablaban de usted. En carta de dos días después Mariscal "riñe" a Caballero Bonald porque se le nota mucho la influencia poética de Rafael de León, y le envía un poema titulado "Instantánea de Espartero". A lo largo de toda esa primavera se suceden las cartas en las que Julio relata sucesos triviales, curiosidades o su estado de ánimo. Por ejemplo cuenta a Caballero Bonald que en Arcos no hay sellos de Correos, que han suspendido la línea de autobuses con Jerez por falta de recambios para las ruedas, que ha fallecido su tío o que "Arcos pesa sobre mí, me aplasta y el tedio va a vencerme". Cuatro de estas cartas están escritas desde Vejer de la Frontera, donde Julio hizo la mili. De la lectura de estas cartas se desprende que ambos poetas se remitían sus poemas buscando una crítica que casi siempre era elogiosa, aunque Julio, que parece ser hacía valer su mayor edad, ejercía una crítica más severa e incluso se permitía, como consta arriba, "reñir" un poco con motivo de las influencias literarias.

Treinta años se cumplen este noviembre de la muerte de Julio Mariscal, cifra redonda que incita a memorias y reivindicaciones. Julio Mariscal murió convertido en un anciano de cincuenta y cinco años, en Arcos de la Frontera y en noviembre de mil novecientos setenta y siete, una tarde lluviosa porque entonces siempre llovía. Hoy han cesado las lluvias pero persiste el misterio de su vida, de su obstinado empeño en la infelicidad, persiste el misterio de su poesía cuajada de intensidad y de belleza. Escribió alguno de los mejores poemas de amor del último medio siglo español y en sus diez libros nos dejó toda su pasión, pasión en el doble sentido de exaltación y sufrimiento, una pasión que, como todas, va mucho más allá de nosotros mismos, porque viene de mucho antes.